



MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Orígenes de la novela*, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, Universidad de Cantabria, 2017. 2 vols, CXXIII + 1.096 págs. ISBN: 978-84-8102-757-0.

Maria Cristina Pascerini
IULCE-UAM

La obra *Orígenes de la novela* de Marcelino Menéndez Pelayo, cuya edición del centenario ha sido publicada en 2017 por La Real Sociedad Menéndez Pelayo y la Universidad de Cantabria, puede resultar de interés para los estudios de la corte, en cuanto que algunas de las obras examinadas por el gran estudioso santanderino tienen relación con este ámbito. Por ejemplo, Menéndez Pelayo señaló los cuentos de *Las mil y una noches* que circulaban en la India y Persia, mencionando las afinidades de alguno de ellos con cuentos o novelas caballerescas del mundo occidental y, entre ellos, al menos un episodio del *Orlando furioso*, el poema épico renacentista escrito por Ludovico Ariosto en la corte de Ferrara, que conoció gran difusión en España, siendo aquí también traducido e imitado.

Menéndez Pelayo también mencionó directamente la corte como ámbito en el que las obras objeto de su estudio se difundieron: Bernardo Tasso había emprendido «en la corte española de Nápoles», y terminado en la de Urbino, la conversión de la novela *Amadís de Gaula* en poema épico, que se había convertido en lectura de poetas y humanistas, aunque no había recibido la aprobación de Felipe II a quien iba dedicado.

En los *Orígenes de la novela* Menéndez Pelayo recordó que Isabel de Este, marquesa de Mantua, mandó traducir el original catalán del *Tirant lo Blanch*, y puso de relieve las investigaciones de Benedetto Croce, que habían llevado a descubrir una «pintura de la vida cortesana en Nápoles» en la obra anónima titulada *Cuestión de amor*.

En particular señaló que detrás de la literalidad del nombre fingido de los personajes se ocultaba un personaje verdadero, cuyas vicisitudes se narraban, y que la segunda parte de la obra guardaba relación con la historia, y más en concreto con los preparativos de la batalla de Rávena.

Menéndez Pelayo también destacó, en el ámbito de la novela histórica, «el *Libro llamado Relox de Príncipes*, vinculado estrechamente al *Libro Áureo del emperador Marco Aurelio*», obra de fray Antonio de Guevara, predicador y cronista de Carlos V. Señaló que «la aparición de este su primer libro fue uno de los grandes acontecimientos literarios de aquella corte y de aquel siglo», y que la obra, que contó con traducciones y ediciones en toda Europa, «fue la biblia y el oráculo de los cortesanos, y el escándalo de los eruditos». Según Menéndez Pelayo, valía «menos que sus tratados cortos de moral mundana, como el *Menosprecio de corte* y el *Aviso de privados*», pero aun así Guevara había que ser considerado «un escritor de primer orden, uno de los grandes prosistas anteriores a Cervantes».

En los *Orígenes de la novela* Menéndez Pelayo señaló la *Arcadia* de Jacopo Sannazaro entre los libros leídos en las cortes de Mantua, Urbino y Nápoles. En su estudio tampoco olvidó mencionar *Los diez libros de la fortuna de amor*, la obra del soldado sardo Antonio de Lofrasso recordada por Miguel de Cervantes en el *Quijote*, en la que, según Menéndez Pelayo, merecía la pena leer despacio la relación de su viaje a Barcelona. Allí los lectores podían encontrar «descripciones minuciosas de la Aduana, de la Lonja y del palacio del comendador mayor de Castilla don Luis de Zúñiga y Requesens, interesantes noticias de su hija doña Mencía, y el proceso sumamente detallado de unas justas reales, en que tomaron parte cincuenta caballeros barceloneses, para no ser menos el número de las damas».

Menéndez Pelayo también hizo referencia a la difusión de las novelas de Giovanni Boccaccio en España, señalando dos importantes inventarios de libros en los que se encontraban: el de la Reina Católica, «que estaba en el Alcázar de Segovia a cargo de Rodrigo de Tordesillas en 1503»; y el «de la biblioteca del conde de Benavente don Rodrigo Alfonso Pimentel», mucho más antiguo. También recordó que el Concilio de Trento prohibió las *Cien Novelas*, que aparecieron en el índice de Paulo IV en 1559, y que ese mismo año el inquisidor general Valdés trasladó la prohibición al suyo, aunque la obra de Boccaccio siguió circulando e influyendo en España tanto en el siglo XVI como en el siguiente.

En los *Orígenes* Menéndez Pelayo también mencionó dos escritos del caballero extremeño Luis Zapata: un «perverso poema o más bien crónica rimada del emperador Carlos V (*Carlo famoso*)», que resultaba ser «curiosa» e «instructiva» por sus pormenores anecdóticos; y una interesante *Miscelánea*, que llegaba a ser «repertorio inagotable de dichos y anécdotas de españoles famosos del siglo XVI». En esta obra señaló, entre otros, «un largo capítulo de invenciones del Renacimiento», en el que al final aparecían las obras públicas realizadas durante el reinado de Felipe II, príncipe «piadoso» y «republicano». Sobre el mismo rey Marcelino mencionó además el libro titulado *Dichos y hechos del señor rey don Felipe segundo el prudente*, «en todos conceptos vulgarísimo», obra del cura de Sacedón Baltasar Porreño, que también fue autor de

Dichos y hechos de Felipe III, obra en línea con la anterior, pero menos conocida por haber sido impresa «una vez y muy tardíamente».

Entre las otras obras relevantes para los estudios de la corte que se pueden mencionar a partir de los *Orígenes de la novela*, es necesario hacer referencia a *La Celestina*, a la que Menéndez Pelayo dedicó varios capítulos de su trabajo. Respecto a los estudios que nos conciernen, una nota interesante está relacionada con la Inquisición, que «dejó correr libremente la *Tragicomedia*, que se imprimió en España treinta y cuatro veces por lo menos en todo el curso del siglo XVI y primer tercio del siguiente». Marcelino mencionó que las expurgaciones que se hicieron en el siglo XVII se limitaron a «las alusiones satíricas a las costumbres de los eclesiásticos» y a «las hipérboles amorosas que frisaban con la blasfemia», mientras que «todo lo demás quedó intacto», y que solo a fines del XVIII, cuando los jansenistas «hazañeros y mojígatos» dominaban el *Santo Oficio*, el libro se prohibió totalmente. Sin embargo, «la madre Celestina» se volvió a reimprimir en 1822, y siguió circulando durante el reinado de Fernando VII. En 1899, con ocasión del centenario de la aparición de la obra, la edición valenciana de 1514 se reimprimió lujosamente en Vigo por el editor suizo Eugenio Krapf, con la que se inició una larga serie de reimpresiones de otras ediciones antiguas.

También es necesario destacar que, junto al texto de los *Orígenes de la novela*, la edición del centenario promovida por la Universidad de Cantabria y la Real Sociedad Menéndez Pelayo presenta unos interesantes trabajos preliminares que, según explica Ana Luisa Baquero Escudero, coordinadora de la edición, en las Palabras Previas, tienen el propósito de «ofrecer una visión de conjunto que sitúe la obra de Menéndez Pelayo en el marco general de la tradición historiográfica y crítica en torno a la novela española».

La misma Ana L. Baquero Escudero es autora del primero de estos ensayos, que lleva por título «Los *Orígenes de la novela*, una obra de plena madurez». En él pone de relieve que los *Orígenes de la novela* fue una obra que Menéndez Pelayo redactó después de «una larga nómina de estudios», y que su muerte le impidió llevarla a cabo. La autora, después de hacer referencia a otros escritos de Menéndez Pelayo para exponer la interdependencia entre teoría, historia y crítica literaria defendida por el polígrafo, se centra en varios aspectos de los *Orígenes de la novela*: su génesis, vinculada al proyecto editorial de dar continuidad a la Biblioteca de Autores Españoles; su elaboración, que se extendió a lo largo de varios años; y su desarrollo, que cubrió un amplio recorrido de la historia de la novela, es decir, desde los orígenes grecolatinos hasta la *Celestina* y sus imitaciones. Baquero Escudero, después de examinar la influencia de los principios estéticos de Menéndez Pelayo en la obra, resalta la importancia de los *Orígenes de la novela* para fijar las formas novelescas y para situar el género en la tradición literaria, y destaca que no solo Menéndez Pelayo prestó atención a la influencia de unas obras en otras, sino que atendió a las relaciones de los textos estudiados con las convenciones propias de cada época. En su opinión, a pesar de las carencias que la obra pueda presentar, ésta representa una de las mejores aportaciones del polígrafo.

En el segundo de los trabajos introductorios, titulado «Una historia para los *Orígenes*: la novela en el pensamiento literario anterior a Marcelino Menéndez Pelayo», Joaquín Álvarez Barrientos lleva a cabo un estudio sobre el concepto de novela existente antes de la publicación de la obra de don Marcelino. Por un lado examina la obra de aquellos autores que criticaron la novela, como Gregorio Mayans, Benito Jerónimo Feijoo o Ignacio de Luzán, y por otro analiza la de aquellos cuyos enfoques están presentes en los *Orígenes*. Entre éstos figuran: Pierre Huet, de cuya obra Menéndez Pelayo se sirvió «para cuanto tiene que ver con la novela en Oriente, en el mundo clásico y hasta el siglo XVII»; Clara Reeve, quien había señalado el componente realista de la novela, «algo que recoge Menéndez Pelayo»; el padre Isla, quien «hace una encendida defensa del género, de su utilidad, de su capacidad para enseñar (representar) la vida», y cuya valoración por parte de Menéndez Pelayo «es positiva»; Francisco Mariano Nifo, quien había defendido la necesidad de verosimilitud y de realismo en la novela, como también hizo Menéndez Pelayo. Álvarez Barrientos subraya que la novela fue creciendo en importancia a lo largo del siglo XIX, pero no quedó definida como género, y que el mismo Menéndez Pelayo prefirió «relatar a definir».

En el tercero de estos estudios, que lleva por título «Los *Orígenes de la novela* leídos por los críticos literarios», Leonardo Romero Tobar, después de hacer referencia a los presupuestos genealógicos y fundamentos teóricos de los *Orígenes*, se centra en la recepción de la obra entre los contemporáneos de Menéndez Pelayo y en épocas posteriores. Las primeras reseñas, muy cercanas a la publicación de la primera edición, fueron las de sus discípulos Adolfo Bonilla y San Martín, y Ramón Menéndez Pidal: el primero destacó la importancia de algunas páginas de los *Orígenes*, como las dedicadas al *Amadís* o a Guevara, mientras que el segundo puso de relieve la capacidad de Menéndez Pelayo de captar y transmitir la importancia de ciertas obras. Romero Tobar señala que «la personalidad del autor de los *Orígenes de la novela* fue durante muchos años la figura de referencia internacional en lo tocante a la cultura española en su más amplio sentido», y menciona a los autores de las reseñas sobre la obra que aparecieron en las publicaciones filológicas de mayor prestigio internacional. Destaca además los comentarios a los *Orígenes* que se hicieron a lo largo del siglo XX, como el de Eduardo Gómez de Baquero, quien la consideró la «principal Historia de la novela española», llegando luego a señalar las referencias a la obra que se han hecho en el comienzo del presente siglo.

En el cuarto estudio, que se ocupa de «La proyección de los *Orígenes de la novela* en la historiografía literaria española», Antonio Martín Ezpeleta subraya que las *Historias literarias* que siguieron a la publicación de los *Orígenes de la novela* no pudieron sustraerse a los hallazgos literarios que la obra presentaba. En algunos casos estas *Historias* fueron incluso más allá de tomarlos como referencia, pues el cotejo del «El Juanito», es decir la *Historia literaria* que Juan Hurtado y Ángel González Palencia destinaron al ámbito universitario, y de los *Orígenes* muestra significativas coincidencias entre ambas obras, «pues la información es la misma, explicada en el mismo orden e incluso parafraseando algún pasaje». El autor recuerda la valoración positiva de las aportaciones de los *Orígenes* que hacen varias *Historias literarias*, como

las de Ángel Valbuena Prat, de Guillermo Díaz-Plaja, de Juan Chabás, de Max Aub, o de Ángel del Río, y recuerda que el «eclipsamiento» de Menéndez Pelayo empezó con la publicación, en el ámbito del hispanismo internacional, de *Historias* que se apartaban de la tradición historiográfico-literaria española, aunque también se dio en España en *Historias literarias* que buscaban una aproximación metodológica diferente, más general, como la dirigida por José María Díez Borque. Sin embargo, la importancia de los *Orígenes* no ha sido puesta en discusión por los estudiosos, y aparece en *Historias literarias* como la de Juan Luis Alborg, y en el volumen dedicado a la Edad Media a cargo de María Jesús Lacarra y Juan Manuel Cacho Blecua, de la *Historia de la literatura española* dirigida por José-Carlos Mainer.

En cuanto al último de estos estudios, Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez ponen de relieve, en la «Historia editorial y criterios de esta edición» de los *Orígenes*, que la única edición de los *Orígenes de la novela* publicada en vida de Menéndez Pelayo fue la que se publicó en tres tomos entre 1905 y 1910 por la Librería Editorial de Bailly/Balliere. Posteriormente su discípulo Adolfo Bonilla y San Martín publicó en 1915 un cuarto volumen, y en 1943 aparecieron los cuatro volúmenes de la obra en la *Edición nacional de Obras completas*, que ha servido también para la edición digital. Los autores de este último ensayo introductorio a los *Orígenes* destacan que se han servido de la *editio princeps* para el texto de la edición del centenario, que la han cotejado con algunos manuscritos conservados en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, y que solo han corregido erratas y modernizado la ortografía, para conservar «con la mayor fidelidad posible las palabras de su autor».

Finalmente solo cabe destacar que pueden resultar de utilidad el Índice onomástico y el de materias que aparecen al final de la obra, y que han sido redactados con esmero por Ana Peñas Ruiz.